

SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

Conferencia impartida por Álvaro Pombo, en el Acto Inaugural de las "VI Conversas sobre Educación Física y Deporte, CAGIGAL EL HOMBRE Y SU OBRA" celebradas en Madrid durante los días 23, 24 y 25 de Abril de 2008.

Querido Manuel

Adjunto mi conferencia de ayer, tal y como quedamos. Como verás hay algunas repeticiones que son consecuencia de haberla dictado en voz alta toda seguida. Yo creo que está bien tal y como está, no vale la pena retocarla. Puedes hacer con ella lo que te parezca oportuno. Aprovecho para decirte que me encantó el acto en honor de Cagigal, que me gustó muchísimo el ballet de los alumnos, y también disfruté mucho con el vino de estrangis que nos tomamos tú y yo en el museo de gimnasia y la conversación después con profesores y alumnos echando un prohibido pitillo a la puerta del INEF. Creo que fue esta segunda parte de la reunión después de la conferencia, el ballet y la conversación lo que más me hizo a mí recordar al J. M. Cagigal que yo conocí de joven. Por todo ello te estoy muy reconocido a ti y a todos vosotros. Un abrazo. Álvaro Pombo.



Semblanza de José María Cagigal joven

(Para ser leído en el INEF de Madrid el miércoles 23 de abril de 2008)

Sr. Decano de la Facultad de Ciencias de la Actividad Física y el Deporte, Don Javier Sampedro. Sr Don Manuel Hernández. Profesores y estudiantes del INEF de Madrid:

Considero un gran honor que me hayan ustedes elegido para pronunciar la conferencia inaugural de estas conversaciones dedicadas a José María Cagigal, el hombre y su obra.

Me parece especialmente apropiada esta fecha, 23 de abril, para que yo pronuncie una conferencia sobre José María Cagigal, a quien me he referido en público y en privado muchísimas veces, pero acerca de quién no he hablado formalmente hasta hoy. Esta es la primera vez que presento una semblanza de José María Cagigal en público. Y, como digo, doy gran importancia a esta fecha del 23 de abril que es, como todos ustedes saben, el día en que se concede en Alcalá de Henares el Premio Cervantes de Literatura, y la fecha en que se celebra el fallecimiento de Miguel de Cervantes y de William Shakespeare, los dos curiosamente fallecieron el 23 de abril de 1616. Es costumbre considerar esta curiosa coincidencia en la fecha y año de fallecimiento de estos dos gigantes de las letras como una buena ocasión para una celebración humanística. Me parece una idea mejor aún aprovechar esta fecha de hoy para recordar al gran humanista que fue José María Cagigal.

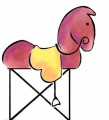
Las palabras que voy a pronunciar a continuación van a ser personales, una evocación personal del José María Cagigal que yo conocí cuando yo tenía 16-17 años y José María Cagigal, que nació en 1928 y que, por consiguiente, me llevaba 11 años, tenía 27-28 años de edad. Esta será una conferencia-semblanza de un humanista, hecha por un escritor y un humanista que soy yo ahora, de 68 años de edad, y que siempre he considerado que José María Cagigal está en el origen del enraizamiento de mi vocación como escritor. Como



SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

ustedes verán, aquí no hablaré sólo de mis recuerdos de ese joven y excepcional pedagogo que fue José María Cagigal, sino también de pedagogía en general, es decir, de cómo hay que situarse ante la juventud y con la juventud para que las enseñanzas sean físicas o metafísicas, deportivas o literarias, de verdad fructifiquen. Y me ha parecido que la mejor manera de hacer ver cómo esto se hace, es mostrar cómo lo hizo José María Cagigal en relación conmigo y con nosotros en aquellos dos cursos en el Colegio San José de los jesuitas de Valladolid en los años 55-56.

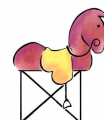
Llegué yo a Valladolid un octubre de 1956 como alumno interno del colegio de los padres jesuitas. Me matricularon en quinto curso. Repetía curso. Hasta aquel curso yo había estudiado en Santander, donde nací, en el colegio de los Escolapios. Tuve que repetir el quinto curso de bachillerato porque suspendí en junio y en septiembre cuatro asignaturas de ciencias y porque falsifiqué las notas. A consecuencia de falsificar las notas, no pude presentarme en septiembre, y el 15 de agosto de aquel año se descubrió el pastel: llegó una carta del director del colegio dirigida a mis padres reprochándoles que no hubiera yo asistido a los cursos del verano destinados a preparar los exámenes de septiembre para los estudiantes. Esta anécdota de mis quince años tiene interés ahora sólo porque da idea del tipo de chaval que era yo. Sobre todo si se añade que aquel mismo curso en Santander, en el número de la revista del colegio del mes de mayo-junio, el mes de los 4 suspensos, había publicado en esa revista seis artículos, cinco con pseudónimo y una poesía con mi propio nombre. Sólo pensaba en escribir. Vivía, como habrán seguramente vivido todos Uds. a esa edad, en el puro presente absoluto. Lo esencial era que entre el boletín con las malas notas y el descubrimiento de las malas notas por mis padres, hubiera un espacio de tiempo todo lo dilatado posible. Yo era un chico listo ya entonces y era claramente consciente del contradictorio sentimiento de falsa eternidad en que vivía: la eternidad instantánea negada una y otra vez por la estructura discursiva del tiempo. Qué idea tenía yo de mi mismo en aquel entonces puede verse sumando estos dos factores: era un mal estudiante, malísimo, y un incipiente escritor. Pero ser un incipiente escritor a los 15 años, a



SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

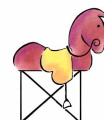
diferencia de ser un incipiente deportista, un incipiente atleta, un incipiente nadador, un incipiente baloncestista o futbolista, significa estar viviendo en la más notoria y petulante inseguridad. La capacidad de escribir, la habilidad para escribir, a diferencia de una espontánea habilidad para los deportes, o para los estudios, no aparece a los 15 años como un maravilloso don estructurante o estructurado de la personalidad. Aparece más bien como un semicómico, o cómico del todo, desvarío. Apuntar maneras de escritor a los 14 o a los 15 años equivale a ser un chaval a medias arrogante, a medias humillado, a medias orgulloso, a medias tímido, a medias creído y confiado en sí mismo y a medias tembloroso. A los 15-16 años un chico con aptitudes literarias –reparen Uds en las fechas: 1955-56- era un chico problemático y una pepla, lo que se llama entonces un chico raro, una lástima de chico. En mi familia, además, ser escritor era sinónimo de ser artístico o bohemio. Gente así habíamos tenido en la familia algunos, y eran un epítome de todo lo horripilante para una familia de la alta burguesía santanderina de la época. Ese era el chico que se encontró con Cagigal aquel octubre de 1955.

El encuentro con Cagigal para un alumno interno era cotidiano. Los inspectores, que así se llamaban, estaban con nosotros desde por la mañana. Nos acompañaban a las clases, en filas de dos en fondo, y vigilaban los estudios. Estaban en los recreos con nosotros. Jugaban al fútbol con nosotros. La vida es lenta y metódica en los internados. Tengo que reconocer que pasado el primer escalofrío inicial, la primera extrañeza inicial, yo me adapté enseguida a la vidilla de alumno interno. Nos duchábamos una vez por semana los domingos por la mañana. Debíamos pues de andar sumamente sucios. En Valladolid hacía mucho frío y mucha niebla, nunca ni siquiera en Londres he pasado tanto frío como en Valladolid aquel invierno. En los patios antes de clase, o entre clase y clase pataleábamos sobre el propio terreno para calentar los pies. Cagigal era entonces un inspector con el que podíamos hablar. Recuerdo que yo hablaba mucho con él en los recreos: Descubrí fascinado que animaba a todo el mundo. También a los otros chicos, animaba a los que había, fuese como fuesen. Entre los que había estaba yo y Cagigal me



SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

animó a mi también. Siempre recuerdo el ánimo, y siempre que recuerdo a Cagigal recuerdo el texto de Arquíloco de Paros, el viejo poeta griego: *Da ánimos a los jóvenes / la victoria está en manos de los dioses*. Se dirá que esto nada tiene que ver con la formación de la juventud, pero yo siempre he creído lo contrario: siempre he creído que quien nos da ánimo, nos saca de la negatividad y de la inercia y del olvido en que todos, jóvenes y viejos, vivimos sumidos en el día a día. Esta idea está en la entraña de un célebre texto de Fray Luis de León titulado La oda a Francisco Salinas. Y que dice así: *El aire se serena / y viste de hermosura y luz no usada / Salinas, cuando suena / la música extremada / por vuestra sabia mano gobernada / A cuyo son divino / el alma que en olvido está sumida / torna a cobrar el tino / y memoria perdida / de su origen primero esclarecida*. Como todos ustedes saben, Fray Luis de León fue un teólogo platónico de la Universidad de Salamanca. Si nosotros ahora quitamos del texto que acabo de leerles el innatismo platónico, es decir, la idea platónica de la preexistencia de la almas que supuestamente han conocido en un tiempo anterior a su existencia terrenal, todo lo que tenían que saber y que al encarnarse en el cuerpo van poco a poco recordando quienes fueron, si restamos, digo, esta interpretación metafísica para quedarnos con la descripción del alma que en olvido está sumida, entonces encontraremos una descripción muy adecuada de la situación que todos nosotros hemos vivido en nuestra juventud, y también después: cuando somos jóvenes todos estamos sumidos como en un sueño o en un olvido, como en un relativo no ser, o no ser todavía: somos ya quienes habremos de ser más adelante, pero lo somos en la forma de no serlo aún. Lo somos en la forma de un proyecto a realizar aún no realizado. Y se puede decir que nos soñamos en el seno del olvido de nosotros mismos que aún somos, de acuerdo con aquella frase de Nietzsche que dice: *me he seducido a mi mismo desde lejos*. En esta frase se hace referencia precisamente a esta atracción que desde el futuro tiene que ejercer cada cual sobre sí mismo, para llegar a ser el que era desde siempre y que en su juventud aún se ignora. Reparen ustedes también en los dos elementos iniciales del texto de Fray Luis que acabo de citar. Dice Fray Luis de León que esta recuperación que el alma hace de sí misma, tiene



SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

lugar cuando el aire se serena y suena la música extremada de Francisco Salinas. ¡Nada más apto que esta imagen de serenidad y ejecución musical para recordar esta tarde la influencia que el Cagigal joven ejerció sobre mí! Decir esto en términos generales es fácil, y puede parecer muy poco. Fue, sin embargo, una totalidad generatriz pedagógica en mi caso particular. José María Cagigal estaba persuadido de que yo ya era, en aquel entonces, quien había de llegar a ser en el futuro: quien les habla en el INEF esta tarde del 23 de abril de 2008. Deseo subrayar la importancia de este momento adivinatorio en la educación de la juventud: la fuerza personal aún en fábula de los jóvenes tiene que ser preconcebida, adivinada, creída por sus instructores. Esto es muy difícil de hacer, y es lo que determina la diferencia de calidad entre un tipo de educador y otro. Cuando un pedagogo muy joven, como era Cagigal entonces con 27 años, es capaz de entusiasmar a gente diez años más joven que él, no sólo con un proyecto exterior a ellos mismos, sino con el proyecto de llegar a ser sí mismos, está llevando a cabo, como quien no quiere la cosa, el más profundo y puro proyecto de la paideia helénica.

Quisiera detenerme en esto: yo era uno entre los 30 chicos de la sección B que, junto con los otros 30 de la sección A, del quinto curso de bachillerato de aquel colegio, me encaminaba hacia mí mismo. El encaminarse de cada cual hacia sí mismo, tiene que ser a esa edad también un ser encaminado por otro. Encaminarse es ser encaminado. La gracia, la nobleza y dignidad del esfuerzo pedagógico, consiste en un encaminar a otro hacia sí mismo, sin desencaminarle. Y lo interesante en el caso de José María Cagigal fue que me encaminara a mí (y por supuesto a muchos otros, algunos de los cuales estarán quizá esta tarde escuchándome) no hacia un proyecto común a todos, eso, dentro de lo que cabe es fácil, eso es lo que hacen o tratan de hacer los políticos, sino hacia el proyecto que cada cual tuviese, fuese el que fuese, y que había de convertirle en un ser único e irrepetible. Me permitiré recordar ahora una idea de Bergson, el gran filósofo vitalista francés, que consideraba que la intuición intelectual, la intuición filosófica, es una simpatía intelectual por la cual coincidimos con un objeto en lo que tiene de único y, por consiguiente, de



SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

inexpresable. Lo interesante, desde el punto de vista pedagógico, es que eso único e inexpresable que yo era, no era de ningún modo visible a simple vista en el año 1955-1956. Para verlo había que fijarse. Había que creerlo, había que animarme, había que adivinarme. Y esa adivinación, insisto, es singularmente problemática y difícil en las vocaciones literarias. Un alumno estudioso, un alumno deportista, presenta ya a los 15-16 años un fuerte perfil de sociabilidad. Por supuesto que aún no es un sabio o un gran deportista, pero el estudio o las habilidades físicas son socialmente integradoras. Es una personalidad tratable, tiene intereses claros y, en cierto modo, unívocos y precisos. Un escritor en ciernes, en cambio, parece siempre, a esa edad, una masa amorfa de sentimientos, emociones, ocurrencias y estupideces, presentes todas a la vez, y a las que el sujeto en cuestión atribuye el mismo valor. Ese, desde luego, fue mi caso. Contemplándome a mí mismo ahora, desde esta distancia, me asombro ante la dificultad que debió representar en aquel entonces, conducir hacia sí mismo a aquella masa revuelta e ingobernable que yo era.

La estructura de la tarea educativa: el saber sombrío, los ángeles afirmativos y la fruición del presente

Antes de proseguir en esta semblanza de José María Cagigal joven, que he llevado a cabo, como ustedes ven, presentando mi propia semblanza de joven inseguro y frágil a los 16 años, quisiera leerles un texto de José María Cagigal escrito en abril de 1976, a petición de la UNESCO, para la primera conferencia de Ministros del Deporte. Se titula: *Deporte y educación*, y dice así:

El problema más arduo de la tarea educativa es que se trabaja con un material (el ser humano) que hay que preparar para el día de mañana, pero también para el presente. Ayudar a que resulte un hombre apto para que el día de mañana resuelva los problemas de la vida, debe compaginarse con hacerle vivir el presente de una manera apta, real, profunda. Estudiar mucho, acumular nociones, sólo tiene razón de ser pensando en unas hipotéticas necesidades futuras. El estudiar

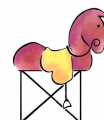


SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

mucho acumulando nociones no tiene justificación en el momento presente en el que se realiza la tarea.

Y poco más abajo añade Cagigal: no será vano recabar para la escuela, aquellas actitudes humanas que tienen ya plena razón de ser en sí mismas. Dibujando se aprende a dibujar mejor, pero ya en el momento presente, el que dibuja, aún rudimentariamente, se expresa a sí mismo. Dibujar, pintar, cantar, representar... son actos humanos suficientes en sí mismos: no constituyen una actividad subordinada o provisional hasta tanto se alcance un nivel futuro de plena realización. En esta línea de plena justificación en sí misma está la actividad física voluntaria, o, si se quiere, el deporte. Con sus prácticas moderadamente ordenadas y progresivas, se adquieren destrezas, capacidades, hábitos aptos para el futuro, pero ya en el momento en que el niño lo practica (escolar o extraescolarmente) tienen su pleno sentido. Constituyen en sí un aprender a vivir viviendo.

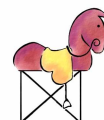
Creo que este admirable texto se explica por sí mismo, resulta iluminador por sí mismo para todos ustedes, deportistas, profesores y alumnos, de este Instituto Nacional de Educación Física y Deportes, que fundó José María Cagigal. Pero yo quisiera detenerme en este texto especialmente, en esta conferencia inaugural y hacer algunos comentarios referidos sin duda ahora a mí mismo, pero claramente indispensables para hacer ver cómo funcionaron en la práctica pedagógica concreta de José María Cagigal: el "se aprende a vivir viviendo", "se aprende a hacer deporte haciendo deporte", vale también para esa compleja y contradictoria y magmática operación en que escribir literatura consiste. Se aprende a escribir escribiendo. Eso fue lo que José María Cagigal me enseñó a mí. En aquel momento de mi vida y de la sociedad española, en aquel momento socio-cultural, en una familia como la mía, escribir no sólo era una actividad extracurricular: era una actividad negativa y contraproducente que distraía de la verdadera tarea educativa que consistía en sacar brillantemente el bachillerato, y luego la carrera, y luego las oposiciones. Me interesa destacar en este brillante texto de Cagigal dos nociones: la noción del presente educativo y la noción de fruición en el presente educativo. Precisamente por



SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

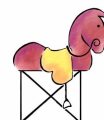
que la educación a todos los niveles es siempre futurista, es decir, tiene como ingrediente esencial el desconocido futuro individual del educando, precisamente por eso, es por lo que José María Cagigal insiste, en el texto citado, en la función estructurante del presente y de la fruición inmediata del educando en su presente educativo. No estoy hablando aquí de divertir a los chicos, no estoy hablando de sustituir la laboriosa tarea educativa por la diversión o el entretenimiento. Lo que Cagigal quiere decir en el texto que acabamos de leer, es que la acción misma del educar en el presente es frutiva.

He hablado de una intuición intelectual en el caso de Cagigal, que le permitió percibir lo que yo, y muchos otros compañeros míos, teníamos de único e inexpresable a los 15 años: quizá piense alguien que esto es un modo exagerado de expresar las cosas. Quizá sea conveniente por eso que enumere las cosas que hacíamos en aquel curso del 55-56 en el colegio de Valladolid. Era un quinto curso de bachillerato. Pocas cosas más humildes y oscuras que esto: todos los que me escuchan ahora mismo saben, porque han pasado por estos mismos cursos, o parecidos, lo que se estudiaba entonces, inglés o francés, un poco de física, un poco de química, literatura española, Historia de la filosofía, latín. La experiencia del Bachillerato y del pre-universitario, ya no sé los nombres con los que se denomina ahora todo eso, es común y corriente, todos ustedes, que me escuchan ahora, esta tarde, han pasado por esa experiencia y han sacado de ahí lo que han podido. Y es ahí, en el centro de esa experiencia pedagógica convencional, de chavales de 15-16 años, donde quisiera que se instalaran ustedes imaginariamente ahora. En aquel tiempo la gimnasia era, junto con religión y política, lo que llamábamos una *maría*. No creo que nuestra enseñanza fuese peor que la de hoy en día, pero era igualmente trillada y rutinaria. Yo recuerdo lo que hacíamos además. Con Cagigal fuimos al Teatro Calderón de Valladolid. Ahí escuché yo por primera vez "Las Golondrinas" de Usandizaga. Las Golondrinas es una pieza bellísima de un músico vasco, un zarzuelista. Allí escuchamos "El Caserío de Guridi", y vimos "Candilejas" de Chaplin. Me doy cuenta que toda enumeración es insuficiente, todo lo enumerado en una enumeración parece siempre poco. Toda enumeración es



SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

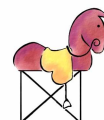
incompleta, inacabable y remite al infinito, y nos gusta, como dice Borges, porque nos proporciona precisamente la ilusión de infinitud en el tiempo. He aquí que hoy es el Día del Libro en toda España, y esto me sirve también para poner de relieve la relación que J. M. Cagigal tuvo con los libros y nos transmitió a nosotros. Esta misma mañana leía en El País un artículo de Juan Cruz titulado "Los libros y la dentadura postiza". Lo que Juan Cruz hace en ese artículo es criticar la artificialidad, el convencionalismo con que muchas veces nos relacionamos con los libros. El propósito del artículo –dice Juan Cruz– es *hacer eficaz la nostalgia de los libros leídos, de los libros que han de leerse y de que los libros formen parte de la vida común, como la conversación o como la risa*. Esto me recuerda los libros que nos leyó Cagigal en el estudio de la tarde –el último antes de la cena– y los libros que, por indicación suya, leí yo en particular. Recuerdo la lectura en voz alta (en el estudio de la tarde) de *Don Camilo, un mundo en pequeño*, de Giovanni Guareschi. Mi propia afición a leer en voz alta y a oír leer en voz alta, procede, directamente, de aquellas sesiones. Eran lecturas teatralizadas, con cambios de voz en los diferentes personajes. Desde aquellas tardes a hoy han pasado más de 50 años y yo recuerdo vivamente todavía aquellas sesiones de lectura. En aquel año 55 ya me hablaba a mí en particular Cagigal sobre *Nada*, de Carmen Laforet y recitaba de memoria el principio de esa célebre e importante novela. Es increíble que entre mis 16 y 17 años leyera yo, por indicación de Cagigal, *Crítica y meditación* de Aranguren, que acababa de publicarse en Taurus, o la traducción de Valverde de 50 poemas de R. M. Rilke. Estábamos en pleno nacionalcatolicismo y yo no escuché nunca a Cagigal la palabra censura o referencia alguna al Index librorum prohibitorum, cuya existencia todos conocíamos. Cagigal mismo era un entusiasta lector de José Ortega y Gasset. Siempre que se habla de Europa durante estos años, yo recuerdo unos versos de J. M. Valverde que oí recitar a Cagigal: *Cuando yo era pequeño soñaba con Europa/ he crecido escuchando a lo lejos sus árboles, sus ciudades con niebla y brisa de campanas/ con ríos legendarios bajo puentes de piedra*. Libros que eran objeto de conversaciones, que se convertían en citas y en recuerdos, y todo esto se hacía como "a mayores", como de paso, a la vez que asistíamos a



SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

competiciones de atletismo en las pistas del SEU de Valladolid. Cagigal nos arrastraba a todos, a los atletas que competían y al resto de la clase, que íbamos a aplaudir y a animar al equipo. ¿No es este un ejemplo clarísimo de acción pedagógica en marcha? Ganar el campeonato era tan importante, ni más ni menos, como aplaudir a los campeones de atletismo o de baloncesto. Y a la vez que por vez primera oía hablar de Valverde, Aranguren o Rilke, oí por primera vez hablar de Juan Sebastián Bach y oía a Cagigal cantar alguna de sus Cantatas. Yo tuve la impresión de que el mundo se dilataba. Tuve la impresión de que aquel quinto curso de Bachillerato era un territorio aventurado, complicado, montañoso, brillante. Mi experiencia del encuentro y del trato con Cagigal en aquellos 15 años míos, se resumió pensando que me había encontrado, por casualidad, con un héroe. Por eso cuando muy poco tiempo después leí la *Décima elegía* de Rilke, me pareció que había encontrado justo el objeto de esa elegía, justo el tema: *Que yo, a la salida del saber sombrío, alce algún día mis cantos de júbilo y de gloria a los ángeles afirmativos / que de los martillos bien templados del corazón / no falle ninguno en cuerdas blandas, dudosas o desgarradas / que mi rostro fluyente en lágrimas me haga más luminoso/ que el llanto insignificante florezca.*

La juventud, mi propia juventud, fue para mí un saber sombrío, un reino inacabable de tribulación y de inseguridad, un reino de incompetencias personales, de vacilación, de sentimientos que se ahogaban en un vaso de agua y que parecían ahogar el mundo. Cuando recuerdo a José María Cagigal ahora, recuerdo el buen ánimo, el júbilo, la gracia, recuerdo a Cagigal riendo, jugando al fútbol, llevándonos a ver los campeonatos de atletismo a las pistas del SEU de Valladolid, enseñándonos a aplaudir. Recuerdo aquel tiempo, aquel curso, como un círculo cerrado y resplandeciente. Lo curioso es que yo no mejoré mucho aquel curso, no saqué mejores notas, no me convertí en un competente corredor de los 1500 metros. Seguí siendo el mal estudiante descentrado que era cuando llegué al colegio de Valladolid. Pero la significación de mi vida había cambiado. Debemos de distinguir entre experiencia y significación. Mi experiencia escolar de mal estudiante, cobró sin embargo una gran



SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

significación en dirección al futuro. Yo pude decir lo contrario de lo que dice Eliot: "We had the experience but mist the meaning". Yo, gracias a Cagigal, no perdí el significado de la experiencia, por eso estoy aquí esta tarde. Muchos de los que me escuchan esta tarde han conocido al Cagigal maduro, al fundador de este Instituto Nacional de Educación Física y Deportes. Yo estoy seguro de que esta tarde, ahora, aquí, en el Instituto Nacional de Educación Física y Deportes, recuerdan a Cagigal como yo le recuerdo, como una gran afirmación de la existencia y del valor del mundo. Es curioso que yo tenga almacenada esta memoria, en toda su claridad y pureza, y separada de lo que entonces era, con toda seguridad, una educación tradicional dentro del nacional-catolicismo de la época. Quizá sea esta la más prodigiosa hazaña de un gran pedagogo: la capacidad de despertar en cada cual lo suyo. No la capacidad de conducir a todos juntos hacia una meta, sino la capacidad de conducir a cada cual hacia su propia meta, hacia su propio fin, sea el que sea. Pero es indudable aunque yo no lo recuerde así, que la educación que yo recibí en aquella época formaba parte de la educación católica tradicional, me refiero a los minuciosos exámenes de conciencia, las preocupaciones por los pecados de la carne, el temor al infierno, el cielo como una promesa de felicidad para los que obran bien. ¿Cómo es que yo no recuerdo nada de eso y, sin embargo, he tenido siempre, gracias a Cagigal, un sentimiento positivo de apreciación de la experiencia cristiana? Héroe es aquel que es capaz de hacer valer el valor. Los valores no están a la vista, no son cosas. Tienen que ser sacados del mundo inmediato y ser construidos por nosotros intencionalmente para poder ser percibidos como valores. Ahora que tanto se habla de la "educación en valores", y se enumeran listados de valores, yo echo de menos con frecuencia la capacidad que el héroe tiene de hacer valer el valor. Un valor característico que Cagigal nos hizo apreciar a todos, fue el valor del deporte, de lo que llamábamos entonces educación física. Esto del valor de la educación física no era evidente entonces, en aquel momento, para nadie, y mucho menos para mí.

No quisiera terminar esta conferencia sin citar un texto más de la comunicación a la UNESCO de Cagigal en abril de 1976



SEMBLANZA DE JOSÉ MARÍA CAGIGAL JOVEN

titulado, como he dicho, Deporte y educación. Oigo la voz de Jose María Cagigal ahora, oigo el equilibrio, la sensatez, la fuerza y la gracia del héroe: *El deporte no es una panacea, pero, si no está condicionado por las apetencias hoy dominantes del éxito y del campeonismo, ni tampoco interferido por los excesos de aprendizajes modelados, de taxonomías y supertecnicismos –los dos más graves peligros del deporte educativo de nuestro tiempo- se ofrece como actividad saludable en la que el ser humano educando, además de vivir un presente frutivo y autosuficiente, pone en desarrollo una serie de capacidades físicas y psíquicas, que pueden serle útiles para el mundo del futuro, distinto o igual al presente, sorprendente o previsto.*

Es hora de cerrar esta conferencia, es hora de acabar, y quisiera acabar con un texto de Rainer Maria Rilke, que es un texto de comienzo y no de final. Ante el mundo, ante los héroes de este mundo, ante la belleza del firmamento resplandeciente, ante la juventud, ante el nuevo mundo cuyo final quizá no llegaremos a ver, Cagigal me enseñó a decir, con R. M. Rilke: *Comienza siempre de nuevo la nunca suficientemente alcanzada alabanza.* ¡Oh, Jose María Cagigal. Oh deporte!

